



*La
Bestia*

LA BESTIA
UNA HISTORIA SOBRE LA
BELLEZA DE UN PRÍNCIPE

SERENA VALENTINO

LIBROS 

© 2023 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-18940-65-1

Depósito legal: B. 3149-2023

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO I

LAS BRUJAS EN EL JARDÍN DE ROSAS

La Bestia estaba en el jardín de rosas. El abrumador aroma de las flores nuevas lo mareaba un poco. Su jardín siempre parecía tener vida propia, como si las espinosas y retorcidas enredaderas fueran a rodearle el corazón y poner punto final a su ansiedad. En algunos momentos deseaba que así fuera, pero en ese instante en su mente solo cabían imágenes de la hermosa joven que estaba en el castillo: Bella, tan valiente y noble como para ocupar por voluntad propia el lugar de su padre como prisionero en los calabozos. ¿Qué tipo de mujer haría algo así? La Bestia se preguntó si él sería capaz de tal sacrificio. Se preguntó si sería capaz de amar.

Desde el jardín, contempló el castillo. Trataba de recordar cómo era el lugar antes de la maldición, pues desde entonces había cobrado vida y se había convertido en algo amenazante. Hasta las torres parecían perforar el cielo a

propósito con violento fervor. Cómo se vería desde lejos tan solo podía imaginarlo. Era alto e imponente, estaba enclavado en la cima más alta del reino, como si lo hubiesen tallado en la montaña misma, y rodeado por un espeso bosque lleno de peligrosas criaturas salvajes.

Solo desde que se había visto obligado a pasar su vida escondido dentro de aquellos despreciables muros y sus dominios, hacía tales cosas, es decir, analizar de esa manera los alrededores: no solo viéndolos, sino también sintiéndolos. Desde entonces, contemplaba la luz de la luna, que proyectaba siniestras sombras de las estatuas a lo largo del camino que conducía del castillo al jardín: enormes criaturas con alas, más aterradoras que cualquiera de las de aquellas viejas leyendas que, en su juventud, le habían hecho estudiar sus tutores. La Bestia no recordaba si las esculturas ya estaban ahí antes del encantamiento del castillo y de sus dominios. Había habido muchos cambios desde que las brujas lanzaran sus hechizos. Por ejemplo, le parecía que aquellos setos podados ornamentalmente le gruñían cuando merodeaba por el laberinto en noches como esa con la intención de distraerse de los problemas.

Ya hacía tiempo que la Bestia se había acostumbrado a notar las vigilantes miradas de las estatuas cuando no las miraba: percibía sus suaves movimientos por el rabillo del ojo. No podía escapar a la sensación de ser observado, y es

Las brujas en el jardín de rosas

que casi siempre era así. Casi siempre. Y la entrada principal al castillo le parecía una enorme boca lista para devorarlo. Pasaba todo el tiempo que podía en el exterior. El castillo le parecía una prisión y, por muy grande que fuera, se sentía encerrado, como si se asfixiase.

Antes, cuando todavía era humano —¡aún se atrevía a pensar en ello!—, pasaba gran parte del tiempo en el bosque, acechando bestias salvajes por placer. Sin embargo, después de que él mismo se convirtiera en una presa, se encerró durante varios años; nunca salía del ala oeste, y mucho menos del castillo. Quizá por ello detestaba estar entre aquellas paredes: ya había pasado mucho tiempo atrapado por sus miedos.

Al principio, tras el encantamiento del castillo, la Bestia pensó que su mente le jugaba una mala pasada, que la sola idea del hechizo lo estaba volviendo loco. Pero ya era consciente de que todo lo que lo rodeaba estaba vivo, y temía que cualquier fechoría por su parte lo llevara al delirio y que sus enemigos lo hicieran sufrir aún más por todo el dolor que había causado antes de convertirse en Bestia. Su transformación física tan solo era una parte de la maldición. Había mucho más y le resultaba aterrador siquiera pensarlo.

En lo que quería pensar era en lo único que podía calmarlo, aunque fuera poco. Quería pensar en ella.

Bella.

Contempló el lago, que se encontraba a la derecha del jardín: la luna creaba hermosos patrones plateados sobre la apacible agua. Además de pensando en Bella, solo así, con aquellos paseos, lograba sentir tranquilidad desde la maldición. Pasaba largas horas ahí, siempre con mucho cuidado de no ver su reflejo, aunque a veces se sentía tentado de hacerlo. Era muy consciente de la repulsión que le causaría.

Cuando la maldición había comenzado a surtir efecto, la Bestia se obsesionó con su reflejo. Al principio, le gustaron aquellos pequeños cambios en su aspecto, pues le parecía que las profundas líneas de su joven rostro lo hacían más imponente ante sus enemigos. Sin embargo, en ese momento..., una vez que la maldición había caído por completo sobre él, no podía soportar su aspecto. Había roto cada espejo del castillo o lo había guardado en el ala oeste. Tenía cada una de sus terribles acciones grabadas en el rostro, lo que le causaba una sensación de vacío y desdicha en las entrañas, y aquello lo repugnaba.

Pero ya era suficiente.

Tenía a una hermosa mujer dentro de sus muros. Estaba cautiva por voluntad propia y era alguien con quien podía hablar. Sin embargo, no se había atrevido a mostrarse ante ella.

Las brujas en el jardín de rosas

Miedo.

Otra vez se había apoderado de él. ¿Lo mantendría su miedo fuera, cuando siempre lo había mantenido dentro? ¿Tenía miedo de estar entre aquellos muros y enfrentarse a la chica? Era una mujer inteligente, ¿acaso no sabía que el destino de él estaba en sus manos?

Las estatuas lo observaban, como siempre, cuando el taconeo de unas botitas sobre los adoquines dirigiéndose hacia él interrumpió sus cavilaciones...

¡Las hermanas extrañas! Lucinda, Ruby y Martha —un trío de brujas idénticas con rizos negros como el tizón, piel ajada y blanca como la leche y labios rojos como los de una muñeca— estaban allí, detrás de él, en el jardín de rosas. Sus rostros relucían bajo la luz de la luna igual que unos fantasmas de expresión burlona. Sus elegantes ropas brillaban como polvo de estrellas en la oscuridad del jardín y las plumas que llevaban en el cabello volvían sus gestos de pajarraco todavía más grotescos. Parecían nerviosas, pues se movían con frecuencia, haciendo muecas y ademanes, como si se comunicasen entre ellas en todo momento, incluso aunque no abriesen la boca. Parecían estar sopesando a la Bestia. Él las dejaba hacer. Permaneció en silencio, como siempre que ellas acudían, esperando a que hablaran.

Las hermanas aparecían a su antojo y siempre sin avisar. No importaba que el castillo y los jardines fuesen de la

Bestia. Este hacía mucho tiempo que había dejado de insistir en que se presentaran solo cuando él quisiera, pues no había tardado en descubrir que a ellas no les importaban sus deseos.

Las brujas tenían una risa estridente y parecía que se burlaran del diminuto brillo de esperanza que percibían en el oscuro y solitario corazón de la Bestia. Lucinda fue la primera en hablar, como de costumbre. La Bestia no pudo evitar quedarse paralizado por el rostro de la bruja cuando esta le dirigió la palabra. Era como una extraña muñeca viviente, y su piel de porcelana, sus andrajosas ropas y su monótona voz hacían la escena aún más macabra:

—Así que por fin has capturado una cosita bonita.

La Bestia no se molestó en preguntar cómo sabían que Bella estaba en el castillo. Tenía sus teorías sobre el hecho de que siempre pareciesen saberlo todo sobre él, pero no le interesaba compartirlas con las hermanas.

—Nos sorprendes, Bestia —dijo Martha, con brillo en sus redondos ojos azules.

—Sí, nos sorprendes —vociferó Ruby, con una enorme y escalofriante sonrisa que animó sus horripilantes labios rojos, como una criatura que vuelve a la vida mediante algún maleficio.

—Esperábamos que tu estado hubiera progresado —dijo Lucinda, inclinando la cabeza ligeramente hacia la dere-

Las brujas en el jardín de rosas

cha mientras lo miraba—. Hemos soñado que corrías por el bosque buscando presas más pequeñas.

—Hemos soñado que unos cazadores te seguían el rastro —continuó Ruby.

Martha se rio y dijo:

—Te daban caza como la bestia que eres y colgaban tu cabeza de la pared de la Taberna del Cazador.

—Aún llevas ropa, por lo que vemos. Te aferras a lo poco que te queda de humanidad, ¿verdad? —dijeron a la vez.

La Bestia no hizo nada que delatase su terror, no de la magia de las brujas, sino de su propia naturaleza, la cual le estaban recordando en ese momento. Sostenían un espejo frente al monstruo, quien lo único que quería era escapar. Era una bestia que deseaba aniquilar a las brujas y a cualquiera que se cruzara en su camino. Deseaba ver sangre y huesos, probar su carne. Si les rajaba la garganta, jamás tendría que volver a oírlas burlándose de él con esa voz tan chillona.

Lucinda rio.

—Eso es justo lo que esperamos de ti, Bestia.

Y Martha dijo:

—Jamás le robaré el corazón a Bella, hermana, no importa lo desesperado que esté por romper el hechizo.

—A mi parecer está muy lejos de ello.

—A lo mejor si le mostrara cómo era antes físicamente, Bella se compadecería de él —dijo Ruby al tiempo que una enloquecedora cacofonía de carcajadas inundaba el jardín de rosas.

—Compadecerlo, sí, pero... ¿amarlo? ¡Jamás!

La Bestia solía devolverles los insultos, pero parecía que eso solo acrecentaba el ansia de crueldad de las brujas. Como no quería arriesgarse a acabar enfadado y despertar su deseo de violencia, se limitó a permanecer inmóvil, esperando que la sesión de tortura llegara a su fin.

—Por si se te ha olvidado, Bestia, estas son las reglas impuestas por las hermanas —dijo Martha—: debes amarla y debes ser correspondido con un beso de amor verdadero antes de tu vigesimoprimer cumpleaños. Quizá ella use el espejo como tú: para mirar el mundo más allá de tu reino, pero no tiene que saber jamás los detalles del hechizo o cómo puede romperse. Te darás cuenta de que ve el castillo y sus encantamientos de un modo distinto a ti. Los aspectos más terroríficos de la maldición quedan reservados para ti.

La Bestia las miró fijamente.

—Esta es la única ventaja que tienes —continuó diciendo Martha con una maléfica sonrisa—. Lo único en el castillo o en tus dominios que aterrorizará a Bella es tu aspecto.

Las brujas en el jardín de rosas

—¿Cuándo fue la última vez que viste tu reflejo, Bestia, o que viste la rosa? —intervino Lucinda.

Hubo una época en que no perdía de vista la rosa, pero en los últimos tiempos había tratado de olvidarla. Incluso se le había ocurrido que la visita de esa noche de las hermanas era para informarle de que el último pétalo de la rosa hechizada había caído del tallo. Sin embargo, solo estaban allí para burlarse de él, como siempre, para incitarlo a la violencia; nada les habría gustado más que ver su alma aún más mancillada.

La chillona voz de Lucinda lo sacó de su ensimismamiento:

—No queda mucho tiempo...

—Casi nada, Bestia —añadió Martha.

—Dentro de poco, caerá el último pétalo y te quedarás con esta forma y sin ninguna posibilidad de volver a tener tu auténtico aspecto.

—Y ese día...

—¡Bailaremos de alegría! —dijeron a la vez.

—¿Y qué pasará con los demás? —dijo al fin la Bestia—. ¿También se quedarán como son ahora, condenados al maleficio?

Ruby abrió los ojos de par en par por la sorpresa.

—¿Preocupación?, ¿es eso lo que percibimos? ¿No os parece extraño?

LA BESTIA

—Está preocupado por sí mismo.

—Sí, por sí mismo, siempre por sí mismo, nunca por los demás.

—¿Por qué iba a preocuparse por los sirvientes? Jamás les ha prestado atención, salvo para castigarlos.

—Creo que más bien tiene miedo de lo que le harían si no rompe la maldición.

—Tienes razón, hermana.

—A mí también me gustaría ver qué le harían.

—Sin duda, sería un horripilante espectáculo.

—Y con mucho gusto seríamos testigos.

—No lo olvides, Bestia: amor verdadero, mutuo, antes de que caiga el último pétalo.

Las hermanas se dieron la vuelta y abandonaron el jardín de rosas. El taconeo de sus puntiagudos botines fue disminuyendo poco a poco hasta que se desvanecieron en una repentina niebla y la Bestia dejó de oírlas.